

2.6. La imagen del bárbaro en la Grecia clásica

M.^a Cruz Cardete

2.6.1. Identidad y etnicidad en el mundo griego

El ser humano es un ser social y es por ello que la identidad (tanto individual como grupal) es un elemento básico del desarrollo de cualquier individuo y de cualquier grupo social. Sin unas pautas de comportamiento, unos esquemas vitales que faciliten la vida de la comunidad y una sensación de pertenencia, ningún grupo podría sobrevivir, pero el desarrollo de las mismas lleva no solo a la aceptación de quienes forman parte del grupo, sino también a la suspicacia, el extrañamiento o el rechazo de quienes no lo hacen, de modo que se crea una dualidad entre Nosotros y Ellos. Mientras que el Nosotros suele estar más o menos definido, el concepto de Ellos tiende a ser más heterogéneo y ambiguo, puesto que entran en él todos aquellos que no somos Nosotros y a los que observamos con curiosidad, sorpresa, precaución, miedo u odio. Esto no quiere decir que siempre haya enfrentamientos violentos con los Otros, pero sí que existen líneas divisorias, en ocasiones sutiles, a veces más marcadas, con ellos y que, dependiendo de los contextos y las necesidades, esas líneas se pueden endurecer o flexibilizar y pueden acabar estallando en duros enfrentamientos que convierten a los «Otros» en el *bárbaro*.

Cómo citar: Cardete, M.^a Cruz. «La imagen del bárbaro en la Grecia clásica». En *La Antigua Grecia hoy. De la ciudadanía y sus límites al «desarrollo sostenible»*, editado por Miriam Valdés Guía y Fernando Notario Pacheco, 193-211. Madrid: Ediciones Complutense, 2024. <https://dx.doi.org/10.5209/div.018.10>

Existen muchos tipos de identidad, y todas ellas son construidas socialmente (identidad étnica, de género, familiar, social, económica, religiosa, personal, grupal...). Ello supone que son maleables y adaptables, pero sin embargo se presentan como inamovibles, dadas (por los ancestros, por los dioses, por la tradición...) y naturales, como si no fueran los seres humanos los que las hubieran construido y, por tanto, no pudieran cambiarlas.

En el ámbito de la Antigua Grecia, una de las identidades sociales más importantes es la étnica. La identidad étnica suele desarrollarse en contextos conflictivos (que pueden, aunque no tienen por qué, derivar en enfrentamientos bélicos), como una forma de cerrar filas dentro del grupo tanto hacia fuera, donde se encuentra el enemigo, el Otro, como hacia dentro, fortaleciendo el *statu quo*. Los dos ejes básicos de la identidad étnica son la genealogía (coordinada temporal) y la territorialidad (coordinada espacial). Lengua, religión, creencias, costumbres, historia compartida son otros tantos elementos que pueden (o no) ayudar a dar sentido y fuerza al grupo étnico y que a menudo se encuentran en la base de cualquier tipo de identidad. Por lo tanto, la etnicidad no supone el despertar de la conciencia de grupo, sino su creación conforme a los intereses de un poder dominante.

2.6.2. Las Guerras Médicas: un punto de inflexión en la construcción del bárbaro

En el mundo griego, uno de los momentos de máxima tensión, que contribuyeron como pocos al fortalecimiento de las identidades comunitarias y, especialmente, de la identidad étnica, es el de las Guerras Médicas. Las fuentes griegas hablan de ellas como un enfrentamiento entre dos grupos compactos: a un lado, los griegos, cargados de razón. Al otros, los persas, sedientos de sangre y poder. En este contexto, Heródoto (8.144) (Texto 1) define lo que para él es el *ethnos* griego: una comunidad de per-

sonas que comparten sangre, lengua, creencias religiosas, ritos sacrificiales, usos y costumbres.

Con este punto de partida podríamos pensar que, efectivamente, está muy claro lo que significa ser griego y, sobre todo, lo que significa no serlo y quién era el bárbaro para los griegos, pero, aunque el discurso étnico sea en blanco y negro, la realidad es obstinadamente grisácea y permeable. Primero, porque no existe una sola definición de griego, sino muchas diferentes dependiendo de la época, el contexto, los intereses en juegos y las percepciones sociales, luego ser o no ser griego no es una esencia, sino una acción. Por ejemplo, los tesprotos, un pueblo del Epiro, son considerados griegos por Heródoto (2.56), pero bárbaros por Tucídides (2.80.5). Segundo, porque el bárbaro fue sin duda el persa durante la época de las Guerras Médicas, pero también se aplicó a otros pueblos distintos en otras épocas (tracios, lidios, escitas...). Tercero, porque que el persa fuera tachado de bárbaro no impidió activas relaciones culturales, económicas, políticas y genealógicas entre griegos y persas ni antes, ni durante ni después de las Guerras Médicas. Un ejemplo muy llamativo es de la colaboración económica de los persas con Esparta tanto durante la Guerra del Peloponeso como posteriormente durante la llamada Guerra de Corinto, sin que eso mermara la helenidad de los espartanos. Cuarto, porque en las Guerras Médicas, en definitiva, no lucharon los griegos contra los persas, sino solo algunas *poleis* griegas, mientras que otras se mantuvieron neutrales y otras más apoyaron la causa persa (Fig. 42).

Los que se enfrentaron a los persas no eran ni más ni menos griegos que quienes tomaron el camino de la neutralidad, la ambigüedad o el apoyo a los persas, por mucho que la unión que se opuso a los persas se haya popularizado con el nombre de Liga Helénica (formada, principalmente, por Atenas, Esparta, los miembros de la Liga del Peloponeso, Corinto, Mégara, Egina, Platea, Calcis, Eretria y algunas *poleis* pequeñas). De hecho, los argivos, de los que nadie duda que fueran griegos, se apuntaron

cían más peligrosas las ansias expansionistas atenienses y la pericia militar espartana que los propios persas, con los que tampoco querían enfrentarse directamente.

Entre los que se declararon pro persas destacan los tebanos, a quienes les parecía mucha más peligrosa la relación entre Platea y Atenas que su propio apoyo a los persas (Tucídides, 3.62) (Texto 3). El castigo de la Liga Helénica fue terrible, por mucho que los tebanos fueran igual de griegos que ellos: la ciudad fue asediada, tomada y rendida, sus muros fueron destruidos y se ajustició a los grupos pro persas (Heródoto, 9.86-87).

Así pues, la definición de lo griego es permeable, como todas las categorías identitarias, aunque quienes las viven lo hagan de un modo inevitable y eterno. Y el discurso sobre el bárbaro que ha llegado hasta nosotros no es tanto griego (pues ya hemos visto que la categoría es muy ambigua) como sobre todo ateniense. Fueron los atenienses los que manejaron con más acierto los mecanismos de la propaganda ideológica, los que produjeron todo tipo de fuentes (literarias, iconográficas, epigráficas, artísticas...) para dibujar una línea que pretendía ser nítida entre la civilización y la barbarie y los que se constituyeron a sí mismos como referente de lo que significaba ser griego y, por ende, de lo que se oponía a lo griego: el bárbaro.

2.6.3. Características del bárbaro: la estigmatización del enemigo

Durante las Guerras Médicas se desarrollan las principales características de lo que para los griegos, pero especialmente para los atenienses, significa la barbarie. En ese momento se aplican especialmente sobre el persa, aunque muchos de estos caracteres son intercambiables con diferentes pueblos, pues a quien identifican es a sus creadores, no tanto a aquellos a los que pretenden definir. La barbarie es un concepto muy amplio, igual de flexible que el de civilización, pese a su aparente rigidez, que

engloba caracteres muy diversos, aunque los más importantes serían los siguientes: despotismo, servilismo, crueldad, barbarie y exceso. Por lo tanto, sus opuestos serían *politeia*, libertad, justicia, civilización y moderación. Aunque estos últimos podrían pasar por ideales griegos, analizados contextualmente responden más que a una generalidad helena, a una particularidad ateniense. Veámoslos con más detenimiento.

La idea de que los bárbaros son incapaces de desarrollar un sistema político que no esté marcado por el despotismo de uno y el servilismo del resto es un tópico básico de la construcción ateniense de la alteridad, sobre todo en el período democrático (Esquilo, *Persas*, 585-589) (Texto 4). Es cierto que en muchas *poleis* griegas existían formas de gobierno que, si no despóticas, sí podrían calificarse de marcadamente autoritarias (la propia Atenas de época arcaica vivió hasta Solón una oligarquía muy cerrada, por no hablar de la diarquía espartana) pero, sin embargo, el despotismo se considera siempre algo foráneo, propio de bárbaros, mientras que los griegos se caracterizan en las fuentes (insistimos, sobre todo en las atenienses, que son la mayoría de las que han llegado hasta nosotros) por ser amantes de la libertad y desarrollar sistemas políticos que la aseguran (Heródoto, 7.136; Eurípides, *Ifigenia in Aulide* 1400; Esquilo, *Persas*, 584-595) (Textos 4 y 5). Así, las fuentes atenienses equiparan libertad con democracia, aunque al menos la mitad de los regímenes griegos no eran democráticos. En sentido inverso, Atenas va a considerar que todo aquel que no defienda un sistema democrático es proclive a los persas y a la tiranía y, por tanto, debe ser castigado y, cuando es miembro de la polis, expulsado de ella.

De hecho, en la Atenas de las Guerras Médicas hubo muchas acusaciones de medizar (es decir, de apoyar a los persas) y los que así fueron señalados sufrieron un proceso de ostracismo que acabó, en muchas ocasiones, con su expulsión de Atenas. Famoso es el caso de Temístocles, que mutó de héroe de la lucha contra el persa en Salamina, demócrata convencido, impulsor del

rearme ateniense y de la reconstrucción de las murallas de la ciudad en acusado de medizar, condenado al ostracismo y refugiado en la Persia a la que combatió, convertido en gobernador de Magnesia por Artajerjes I, el hijo del enemigo contra el que había luchado (Tucídides, 1.135-138.1) (Texto 6); Diodoro Sículo, 9.55-57; Plutarco. *Temístocles*, 21-29). Su historia es la de muchos que, opuestos a determinadas acciones, decisiones y políticas, fueron eliminados con un subterfugio ideológico que, aunque falso, resultó muy útil y que demuestra lo permeable del discurso identitario.

Los tópicos negativos sobre el bárbaro no se centraron solo en el ámbito político, sino que este se vio reforzado con mucha asiduidad por juicios morales que comprendían al bárbaro como un ser malvado y nocivo (Esquilo, *Persas*, 81-86, 93-99) (Texto 4). Se le equipara con monstruos y seres híbridos como los centauros, con aberraciones morales como las amazonas o con enemigos ancestrales de los griegos como los troyanos, que hasta entonces habían sido bastante respetados, como enemigos, sí, pero dignos, en la tradición griega. Los guerreros persas, cobardes, traidores y bastante torpes, comienzan a aparecer en la iconografía de los vasos cerámicos, extendiendo su imagen negativa (Fig. 43).

Una de las creaciones artísticas que más hizo por promover una imagen negativa de los persas, amalgamados todos bajo el terrible concepto de «El bárbaro», fueron los *Persas* de Esquilo, escrita en el 471 a.C. La tragedia desgrana todos los vicios atribuidos a los persas, totalmente opuestos a la medida y al buen gobierno (Esquilo, *Persas*, 81-86, 93-99, 584-595, 823-831) (Texto 4). El bárbaro se debate entre el despotismo de uno (Jerjes, que es el villano de la tragedia) y el servilismo de todos los demás, que obedecen ciegos a su señor, como esclavos bien entrenados. Además, el bárbaro es un ser irracional, desmesurado, que gasta como si lo tuviera todo, que desea sin pararse a pensar en los inconvenientes, comido por la lujuria, la avaricia, el sen-



Fig. 43. Ánfora ateniense de figuras rojas, fechada entre el 500 y el 450 a.C., procedente probablemente de Rodas. Representa la lucha entre un griego, aguerrido y valiente, con su escudo y su lanza, atacando de cerca, y un arquero persa en retirada. Fuente: New York Metropolitan Museum 06.1021.117.

timentalismo vacío y una cobardía que no les permite afrontar las consecuencias de sus actos, de ahí los continuos lamentos por la derrota, puestos además en boca de hombres, cuando en la tradición griega son cosa de mujeres. Todos estos desmanes llevan a considerarlos hombres afeminados, pues no poseen las virtudes de la masculinidad, pero sí los vicios considerados femeninos, de ahí su equiparación continuada con las amazonas, esas mujeres que se rebelan contra las estrictas normas griegas, rompiendo las diferencias de género, y que se creen semejantes a los hombres, luchando incluso contra ellos. Por si todo este conjunto de vicios fuera poco, los persas además incurren en *hybris*, es decir, en soberbia contra los dioses, algo imperdonable para la mentalidad griega (Esquilo, *Persas*, 823-831) (Texto

4). La consecuencia lógica de todos estos desmanes es que los dioses apoyan claramente la causa griega y castigan la desmesura persa, premiando el coraje y la contención de los griegos.

La comedia también estigmatiza a los persas, solo que lo hace burlándose de ellos, presentándolos como seres absurdos, presos de la avaricia, la necesidad de destacar y la estupidez. A este respecto es muy significativo el embajador persa Pseudartabas que aparece en los *Acarnienses* de Aristófanes (94-125: Texto 7), ridiculizado como un déspota venido a menos que no sabe hablar correctamente y cuyos símbolos de poder (el «ojo del rey») inducen a la sorna y el escarnio por parte de los griegos.

Las Guerras Médicas fueron una constante del pensamiento griego, pero con el tiempo el concepto de bárbaro se fue aplicando a otros pueblos que no eran persas pero que, a ojos griegos, destacaban por su salvajismo, sus costumbres extrañas que los griegos consideraban incivilizadas y su oposición, de una forma u otra, a la cultura griega. Es el caso de gran parte de los pueblos asiáticos, como escitas o lidios. En su afán racionalizador, buscaron una explicación a la barbarie de los vecinos, y la encontraron en el clima y la geografía. Un famoso tratado hipocrático del último cuarto del siglo v, *Sobre los aires, aguas y lugares* (12-16: Texto 8), concluye que el carácter de los pueblos está marcado por el clima, la latitud o las características de suelos, aguas y accidentes geográficos y que Asia es un lugar propenso a la barbarie, mientras que Europa lo es a la medida. Otro tanto va a defender Aristóteles (*Política*, 1327b23-38; 1284b1-1138; *Problemas* 859b21-861), para quien además la barbarie está en la naturaleza de los seres humanos y, por tanto, no es algo que pueda cambiarse (*Política*, 1285a16: Texto 9).

El siglo iv no afloja su retórica sobre la barbarie, al contrario. Los oradores áticos insisten una y otra vez en ese enemigo impersonal, sin matices ni cambios, que se enfrenta por naturaleza a la civilización. Hasta tal punto llega la idea de la conjura de la barbarie contra la civilización (entendiendo siempre por

civilización la que significa Atenas) que Éforo elabora una compleja teoría conspiranoica en la que el universo bárbaro (en este caso persas y cartagineses) se había unido para atacar a los griegos en sus dos flancos: el oriental, con la batalla de Salamina, y el occidental, con la batalla de Hímera. Más allá de que ambas tuvieron lugar en el 480, nada tienen que ver la una con la otra y, desde luego, persas y cartagineses no tenían ningún pacto para atacar desde varios frentes, como no tenían tampoco ninguno los griegos continentales con los de las colonias de Sicilia.

Tanta inquina contra un enemigo amorfo y sin rostro, individualizado en ese *bárbaro* que niega la pluralidad y la diferencia, era difícil de asumir, sobre todo porque, como ya hemos dicho, los griegos tuvieron fructíferas y fluidas relaciones con los persas y otros pueblos tachados de bárbaros, antes, durante y después de las Guerras Médicas, así que tuvieron que desarrollar mecanismos de relajación de los estereotipos negativos. Uno de ellos fue el del bárbaro noble, es decir, la excepción que confirma la regla. Bárbaros nobles eran aquellos (individualizados, no fuera a ser que se pensara que podían llegar a serlo todos) que se comportaban como griegos, dando una lección a sus salvajes correligionarios, pero siempre dejando claro que son excepciones individuales que no consiguen alejar a sus compatriotas del salvajismo (ocurre con el rey Darío de Esquilo, aunque no así en el de Heródoto, o con el rey Ciro de Jenofonte y Platón). De nuevo, no existe la civilización fuera de Grecia.

La idea de que el comportamiento también denotaba civilización, más allá del nacimiento y la consanguinidad, se ve abriendo paso en la Atenas del siglo IV, enfrentada a situaciones novedosas y grandes cambios provocados por las consecuencias de la Guerra del Peloponeso. En ese contexto Isócrates (*Panegírico*, 50: Texto 10), gran orador, propone una nueva definición de lo que es ser griego que se alinea con estas nuevas ideas: griego es aquel que se comporta como un griego. Su objetivo principal era presentar a Alejandro Magno como un hombre

fuerte capaz de rescatar el poderío de Atenas, pero como Alejandro era macedonio y los macedonios, en general, no eran considerados griegos, la única forma de helenizarlo era cambiar la definición de griego, que Heródoto había popularizado enraizada en la sangre.

En definitiva, las concepciones de lo griego no son sino recursos retóricos y herramientas ideológicas de profundo calado político y social que cambian según los intereses, aunque se presenten como inamovibles. En eso no hemos cambiado tanto, enzarzados como estamos aún hoy en los discursos y las luchas identitarias, como los griegos antiguos.

Textos

Heródoto, 8.143-144 (Trad. C. Schrader) (Texto 1)

El que los lacedemonios temieran que pudiésemos llegar a un acuerdo con el bárbaro era del todo humano; pero que os hayáis asustado, conociendo como conocéis la manera de pensar de los atenienses, se nos antoja a todas luces una vergüenza, porque no hay en toda la tierra oro suficiente, ni una comarca tan excepcional por su belleza y fertilidad, como para que estuviésemos dispuesto a ese precio a abrazar la causa de los medos y a esclavizar a la Hélade. De hecho, hay muchas y poderosas razones que nos impiden hacerlo, aunque quisiéramos. La primera y principal la constituye el incendio y la destrucción de las imágenes y los templos de los dioses, que exigen de nosotros una implacable venganza, en vez de pactar con el autor de tales sacrilegios; por otro lado, está el mundo griego, con su identidad racial y lingüística, con su comunidad de santuarios y de sacrificios a los dioses, y con usos y costumbres similares, cosas que, de traicionarlas, supondrían un baldón para los atenienses. Sabed, por lo tanto —si es que no lo sabíais ya de antemano—, que mientras quede vivo un solo ateniense jamás pactaremos con Jerjes.

Heródoto, 7.148-151 (Texto 2)

Después del envío de los espías, los griegos confederados contra el persa despacharon, acto seguido, emisarios a Argos. Y por cierto que, al decir de los argivos, lo que ocurrió en su patria fue lo siguiente. Prácticamente desde el principio, tuvieron conocimiento de los planes del bárbaro contra Grecia por lo que, al tener conocimiento y comprender que los griegos intentarían obtener su apoyo para enfrentarse al Persa, despacharon consultores a Delfos para que le preguntaran al dios qué proceder era el que redundaría en su beneficio [...]. Entonces los miembros del Consejo, ante su solicitud, les respondieron que los argivos estaban dispuestos a hacer lo que les pedían a condición de concertar con los lacedemonios un tratado de paz, de 30 años de duración, y de estar al frente de la mitad de todas las fuerzas de la coalición [...]. Los espartiatas dijeron que ellos poseían dos monarcas, mientras que los argivos solo tenían uno; por consiguiente, no era posible privar del mando a ninguno de los reyes de Esparta; sin embargo, nada impedía que el monarca argivo tuviese la misma capacidad de decisión que sus dos reyes. Los argivos, pues, aducen que, en esta tesitura, se negaron a aceptar la arrogancia de los espartiatas y prefirieron verse regidos por los bárbaros a ceder lo más mínimo ante los lacedemonios por lo que conminaron a los embajadores a que abandonasen el territorio antes de la puesta del sol ya que, en caso contrario, serían tratados como enemigos [...]. Sin embargo, circula por Grecia otra versión, que tiene su difusión, según la cual Jerjes, antes de emprender campaña contra la Hélade, despachó a Argos un heraldo que, según cuentan, dijo a su llegada: «Argivos, el rey Jerjes nos transmite el siguiente mensaje: «nosotros creemos que nuestro antepasado es Persa, hijo de Perseo (el hijo de Dánae) y de Andrómeda (la hija de Cefeo). Según esto seríamos descendientes vuestros. Por lo tanto, no es lógico que nosotros nos dirijamos en son de guerra contra nuestros antepasados ni que vosotros, por ayudar a otros, os convirtáis en enemigos nuestros; lo razonable

es que os mantengáis neutrales sin abandonar vuestro país [...]». Según dicen, los argivos, al oír el mensaje, lo tuvieron muy en cuenta, por lo que de momento, ni ofrecieron ni exigieron nada y cuando los griegos trataron de conseguir su apoyo, en esa tesitura, como sabían que los lacedemonios se negarían a compartir el mando, fue eso lo que exigieron, a fin de contar con un pretexto para permanecer neutrales.

Tucídides, 3.62 (Trad. J.J. Torres Esbarranch) (Texto 3)

Dicen que, cuando los bárbaros vinieron contra Grecia, [los plateos] fueron los únicos entre los beocios que no colaboraron con los medos, y por esto sobre todo ellos se enorgullecen, mientras que a nosotros nos injurian. Pero nosotros afirmamos que ellos no colaboraron con los medos porque tampoco lo hicieron los atenienses, y que, de modo semejante, más tarde, cuando los atenienses se han movido contra los griegos, también han sido los únicos beocios que han colaborado con los atenienses. Considerad, sin embargo, en qué situación hemos actuado de este modo, tanto ellos como nosotros. Nuestra ciudad no se encontraba gobernada en aquel entonces ni por una oligarquía basada en la igualdad ante la ley ni por una democracia, sino que, en el régimen que es más opuesto a la legalidad y al sistema de gobierno más sabio y que es más próximo a una tiranía, el poder estaba sometido al arbitrio de unos pocos. Y estos, en la esperanza de alcanzar un poder personal todavía mayor si la causa del Medo triunfaba, contuvieron al pueblo por la fuerza y llamaron al bárbaro; así, pues, la ciudad en su conjunto no era dueña de sí misma cuando actuó de ese modo, y no es justo que se le dirijan reproches por errores que cometió cuando no estaba bajo el imperio de la ley.

Esquilo, *Los Persas* (Trad. B. Perea Morales) (Texto 4)

81-86: *Mirando con sus ojos con sombría mirada de serpiente sanguinaria, rico en manos y rico en marineros y un ca-*

rro sirio haciendo correr, lleva contra héroes famosos por la lanza un Ares que triunfa por el arco.

93-99: *Pues Moira —así Zeus quiso— se impuso desde antiguo y encomendó al pueblo de Persia guerras que arruinan las murallas hacer, y en que jinetes luchan choques violentos, y destrucciones de ciudades.*

584-595: *Y los de toda el Asia, en adelante, no son ya gobernados por los persas, no están ya sometidos a tributo sirviendo a los dictados de sus amos, ni tampoco postrándose en la tierra les rinden homenaje, pues el regio poder ha sido aniquilado. Y ya no está la lengua de los hombres en vigilancia, pues está ahora suelto el pueblo que hable libremente de que el yugo de fuerza fue soltado.*

823-831: *Pues la hybris, tras florecer, da cual fruto la espiga de la culpa, de donde una cosecha de lágrimas recoge. Viendo la pena de estos hechos, acordaos de Atenas y de Grecia y nadie, por desprecio de un daimon presente, enamorado de otras cosas, derrame su prosperidad. Pues Zeus está en su puesto castigando a los que tienen un orgullo excesivo, juez severo. Ante esto a aquel, usando la prudencia, aconsejad con sabias amonestaciones que deje de a los dioses ofender con su arrogante audacia.*

Eurípides, *Ifigenia en Áulide*, 1400 (Trad. C. García Gual y J.L. Calvo Martínez) (Texto 5)

Los griegos dominan sobre los bárbaros, pero no los bárbaros sobre los helenos, puesto que aquellos son esclavos, mientras que estos son libres.

Tucídides, 1.135-138.1 (Trad. J.J. Torres Esbaranch) (Texto 6)

Del medismo de Pausanias, sin embargo, los lacedemonios, enviando en su día embajadores a los atenienses, habían acusado también a Temístocles, de acuerdo con los descubrimientos que habían hecho en el curso de su investigación sobre Pausanias, y habían reclamado que lo castigaran del mismo modo.

Los atenienses les hicieron caso y, al darse la circunstancia de que Temístocles, condenado al ostracismo, residía en Argos y viajaba con frecuencia por el resto del Peloponeso, enviaron unos hombres con los lacedemonios, que estaban dispuestos a colaborar en la persecución, con la orden de llevárselo detenido dondequiera que lo encontraran. Temístocles, prevenido, huye del Peloponeso hacia Corcira, de la que tenía el título de benefactor. Pero los corcireos le dicen que tienen miedo de darle asilo y de incurrir por ello en la enemistad de los lacedemonios y los atenienses [...]. Perseguido por aquellos que habían recibido la orden de detenerlo, según se enteraban del camino por donde iba [...]. Después se puso en marcha hacia el interior en compañía de un persa de la costa y dirigió una carta al rey Artajerjes, hijo de Jerjes, que reinaba desde hacía poco. Su contenido era el siguiente: «Yo, Temístocles, acudo a ti, yo, el griego que ha causado mayores males a vuestra Casa durante todo el tiempo en que me vi forzado a defenderme contra los ataques de tu padre; pero los bienes que le dispensé durante su retirada, cuando yo estaba en una situación de seguridad y él en peligro, fueron todavía mucho más grandes. Se me debe, pues, un servicio» (y se refería aquí al anuncio con que le previno en Salamina de la retirada de los griegos, y a su intervención de entonces para evitar la destrucción de los puentes, servicio que se atribuía indebidamente) «y ahora, con la posibilidad de proporcionarte grandes beneficios, estoy aquí, perseguido por los griegos a causa de la amistad que te profeso. Mi deseo es esperar un año y explicarte luego personalmente el motivo por el que he venido». El Rey, según se cuenta, celebró su propósito y le invitó a actuar como decía. Temístocles, en el tiempo que estuvo esperando, se instruyó tanto como pudo en la lengua persa y en las costumbres del país; y cuando al cabo de un año acudió a la corte se convirtió en un personaje influyente ante el Rey, como no lo había sido hasta entonces ningún griego, debido al prestigio que ya tenía y a las esperan-

zas que le hacía concebir de someter el mundo griego, pero sobre todo porque daba fundadas muestras de ser inteligente.

Aristófanes *Acarnienses* 94-125 (Trad. L. Gil Fernández) (Texto 7)

Heraldo: *El Ojo del Rey* (Entra con un ojo enorme en la frente y dos acompañantes).

Diceópolis: *¡Soberano Heracles! ¡Por los dioses!, hombre, tienes cara de buque de guerra. ¿Doblas acaso un promontorio y divisas la dársena? Te cuelga el estrobo por debajo del ojo.*

Embajador: *Anda, explica ya lo que te envió a decir el Rey a los atenienses, Pseudartabas.*

Pseudartabas: *Iartaman exarsan apissona satra.*

Embajador (A los prítanes): *¿Entendéis lo que dice?*

Diceópolis: *¡Por Apolo!, yo no.*

Embajador: *Dice que el Rey os enviará oro. (A Pseudartabas) Di más alto y con claridad eso del oro.*

Pseudartabas: *No recibir oro culiabierto Jaonau.*

Diceópolis: *¡Ay!, desgraciado, ¡qué claro!*

Embajador: *¿Qué dice ahora?*

Diceópolis: *¿Qué? Que son tontos del culo los jaonios, si esperan recibir oro de los bárbaros.*

Embajador: *No. Habla de ‘ajanas’ de oro.*

Diceópolis: *¿Qué clase de ‘ajanas’? Eres un gran embustero. Apártate. Yo le interrogaré por mi cuenta. (A Pseudartabas) Ven-ga ya, explicame claramente ante este (mostrándole el puño), si no quieres que te dé un baño en púrpura de Sardes, ¿nos va a enviar oro el Gran Rey? (alza la cabeza negativamente) ¿Nos están engañando miserablemente entonces los embajadores? (La inclina afirmativamente). Estos tipos han afirmado al modo griego. Imposible que no sean de aquí mismo. De los dos eunucos, éste de aquí yo sé quién es: Clístenes el de Sibirtio. ¡Oh! tú, el del culo de ‘ardorosas determinaciones’ rasurado, ¿con esa barbaza que tienes, macaco, nos vienes disfrazado de eunuco? Y este otro, ¿quién diantre es? ¿No es en realidad Estratón?*

Heraldo: *Calla. Siéntate. El Consejo invita al Ojo del Rey al pritaneo (Pseudartabas y los eunucos salen).*

Corpus Hippocraticum, *Sobre los aires, aguas y lugares*, 12-16 (Trad. J.A. López Férez y E. García Novo) (Texto 8)

Así están las cosas sobre esas cuestiones. Por otra parte, a propósito de Asia y Europa, quiero mostrar cuánto difieren mutuamente en todo; y, con referencia al aspecto de sus pueblos, en qué se distinguen y, además, que no tienen ningún parecido entre sí. Sería largo un discurso sobre todos sus pueblos, pero acerca de los más importantes y distintos voy a decir cómo me parece a mí que son. Afirmo que Asia es muy distinta de Europa en la naturaleza de todos los productos de la tierra y, también, en la de sus hombres. [...]. Respecto a la indolencia y cobardía de sus habitantes, y, concretamente, de que los asiáticos sean menos belicosos que los europeos y de carácter más pacífico, las responsables son, sobre todo, las estaciones, porque no ocasionan grandes cambios, ni en calor ni en frío, sino que son parecidas. Efectivamente, no se producen conmociones de la mente ni perturbación violenta del cuerpo, motivos por los que es natural que el carácter se vuelva rudo y tenga un componente mayor de irreflexión y apasionamiento que cuando está siempre en las mismas circunstancias. Los cambios en todos los aspectos son, en efecto, los que despiertan la inteligencia del hombre y no le permiten estar inactivo. Por esos motivos me parece a mí que carece de vigor el pueblo asiático y, además, a causa de sus instituciones, pues la mayor parte de Asia está gobernada por reyes. Donde los hombres no son dueños de sí mismos ni independientes, sino que están bajo un señor; su preocupación no es cómo ejercitarse en las artes de la guerra, sino cómo dar la impresión de no ser aptos para el combate [...]. Aparte de eso, la tierra de unos hombres de tal condición se encuentra, por fuerza, abandonada a causa de las guerras y la ociosidad, de tal suerte que, aunque uno sea por naturaleza va-

liente y animoso, se ve apartado de su manera de pensar por obra de las instituciones [...]. Verás, además, que los asiáticos son diferentes entre sí, unos, mejores, y otros, peores. De esto son responsables los cambios de las estaciones, tal como queda dicho por mí en lo que precede.

Aristóteles, *Política* 1285a16 (Trad. M. García Valdés) (Texto 9)

La monarquía, en el régimen laconio, parece ser de las más fundamentadas en la ley, pero no es soberana en todos los asuntos; solamente cuando sale del país en campaña de guerra el rey es jefe supremo de lo concerniente a la guerra [...]. Al lado de ésta hay otra forma de monarquía, como son las monarquías de algunos pueblos bárbaros. Todas ellas tienen un poder casi igual al de las tiranías, pero son legales y hereditarias, pues al ser los bárbaros por su carácter naturalmente más serviles que los griegos, y los de Asia más que los de Europa, soportan el gobierno despótico sin ningún desagrado.

Isócrates *Panegírico*, 50 (Trad. J.M. Guzmán Hermida) (Texto 10)

El nombre de helenos no se refiere a una raza, sino a la inteligencia y por ello son llamados helenos no aquellos que tienen nuestro mismo origen, sino aquellos que tienen en común con nosotros nuestra cultura.

Para profundizar

Briant, Pierre. «History and ideology: the Greeks and “Persian decadence”». En *Greeks and barbarians*, editado por Thomas Harrison, 193-201. Edimburgo: Edimburgo University Press, 2002.

Emma Bridge, Edith Hall y Peter John Rhodes, eds. *Cultural responses to the Persian Wars: antiquity to the third millennium*. Oxford: Oxford University Press, 2007.

Cardete, M.^a Cruz. *Paisaje, identidad y religión: imágenes de la Sicilia antigua*. Barcelona: Ediciones Bellaterra, 2010.

- Cartledge, Paul. *Los griegos: encrucijada de la civilización*. Barcelona: Crítica, 2004.
- Gonzalo Cruz Andreotti y Francisco Machuca. *Etnicidad, identidad y barbarie en el mundo antiguo*. Madrid: Síntesis, 2022.
- García Sánchez, Manel. «Los bárbaros y el Bárbaro: identidad griega y alteridad persa». *Faventia* 29, nº 1 (2007): 33-49.
- Hall, Edith. *Inventing the Barbarian. Greek self-definition through Tragedy*. Oxford: Clarendon Press, 1989.
- Hall, Jonathan. *Hellenicity: between ethnicity and culture*. Londres: Londres University of Chicago Press, 2002.
- Hall, Jonathan. *Ethnic Identity in Greek Antiquity*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997.
- Pedro López Barja y Susana Reboreda, eds. *Fronteras e identidad en el mundo griego antiguo*. Santiago de Compostela-Vigo: Publicaciones de las Universidades de Santiago de Compostela y Vigo, 2001.
- Malkin, Irad. ed. *Ancient Perceptions of Greek Ethnicity*. Washington: Harvard University Press, 2001.
- Francisco Marco, Francisco Pina y José Remesal, eds. *Xenofobia y racismo en el mundo antiguo*. Barcelona: Universitat de Barcelona Edicions, 2009.
- McInerney, Jeremy, ed. *A Companion to Ethnicity in the Ancient Mediterranean*. Malden-Oxford: Willey Blackwell, 2014.
- Miller, Margaret. *Athens and Persia in the fifth century BC: A study in cultural receptivity*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997.
- Siapkas, Joannes. *Heterological Ethnicity: conceptualizing identities in Ancient Greece*. Uppsala: Uppsala Universitet, 2003.
- Strootman, Rolf, Miguel John Versluys, eds. *Persianism in Antiquity*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag, 2017.
- Zacharia, Katerina, ed. *Hellenisms: Culture, Identity and Ethnicity from Antiquity to Modernity*. Aldershot: Ashgate, 2008.